

¡Putá madre!

□ Leopoldo Borrás

“**L**e comió la lengua el loro”, dicen en mi pueblo cuando los niños no quieren hablar.

Los loros son parte de la vida del pueblo. La creencia de que ellos enseñaron a los hombres los secretos del lenguaje es algo común y nadie duda de ello.

Cuando el hombre tuvo la necesidad de comunicarse con sus semejantes —dicen los abuelos sabios— una parvada de loros le enseñó las primeras palabras a fuerza de repetirlas insistentemente.

Poco a poco el hombre —con el don de la imitación que heredó de los zaraguatos— aprendió a coordinar los movimientos de la boca hasta que logró organizar los sonidos. Más lentamente aprendió el significado de sus pensamientos y de los objetos que lo rodeaban.

Yo era un niño muy huraño. Me apenaba cuando frente a un desconocido (siempre era un forastero que venía de algún rancho cercano) me decía mi madre: “Saluda al señor”, “Dile buenos días”. Yo me quedaba callado y prefería pensar en resolver un dilema que me atormentaba. (¿Por qué en el día no se ven las estrellas?) Mi madre insistía: “Andale, di Buenos días al señor”. Entonces pensaba: “¿De qué tamaño serán las llamas del sol?”

“Le comió la lengua el loro” decía entonces el rancho y todos reían, pero casi sin pensarlo me mordía la lengua para sentirla y convencerme de que la tenían aún. Luego salía a la calle y me sentaba en la acera para esperar el momento de ver pasar un avión en lo más alto del cielo.

Cumplí cuatro años sin decir palabra.

Resonaban en mi conciencia los sonidos articulados del habla, pero aunque podía entender que se pronunciaban en orden, muchas veces no tenían para mí significado alguno.

Fue entonces cuando según las viejas costumbres, mi madre fue de visita a la casa de mi tía Andrea (recuerdo que murió a los 102 años de edad).

Ella tenía un loro que a mí me gustaba mucho.

Su plumaje parecía estar tejido con las hojas de la caña tierna. En la cabeza tenía plumas amarillas y rojas. Con el pico de color plomizo hacía trizas todo lo que fuera comida o semejava serlo.

Se desplazaba en un aro hecho de la parte cercana al centro de una vieja llanta de automóvil (lo que queda después de utilizar la mayor parte del hule para las suelas de los huaraches).

Se aferraba fuertemente en perfecto equilibrio y mordisqueaba suavemente el plumaje de sus alas. Luego entrecerraba los ojos y se quedaba quieto.

Con los dedos, mi tía le acariciaba la cabeza y el loro gritaba “Piojito”, “Piojito”.

Me daba risa.

Luego, el barullo. En todo el pueblo se escuchaba la escandalera.

“Lorito toca la marcha...”

“Daca la pata lorito...”

“Si no me agacho me pateá el macho...”

“Putá madre”, “Putá madre...”

Me regocijaba cuando gritaba: ¡TEC, TEC, TEC!
Todas las gallinas se alborotaban porque con ese so-

nido se les llamaba para darles maíz molido y respondían hasta los guajolotes.

“¡Cállate!”, decía entonces mi tía.

“¡Cállate!”, respondía el loro, socarronamente.

Mi madre soltaba grandes carcajadas, hasta quedarse casi sin respiración. Esta era la señal de que pronto empezaría la plática que era el motivo de la visita.

Pero la conversación no duró mucho. Lo escuché todo.

—Pues este niño no quiere hablar bien y ya está grandecito y además es muy hurraño...

—Pues ahí está el loro...

No dijeron más.

Desde aquel día mi madre llegaba a recoger todos los sobrantes de comida que dejaba el loro para darme una pequeña porción diaria mezclada con mis alimentos.

Las “sobras” del loro, según se cree todavía, son el mejor remedio para que los niños aprendan a hablar.

Sea cierto o no (en el pueblo nadie lo duda) yo recuerdo que todos reían con mis primeras palabras que, sin embargo, para mí no tenían significado alguno:

“Putá madre.”

“Putá madre.”

